

DOS ESCRITOS

NO SÉ QUIÉN SOY

Fernando Pessoa

No sé quién soy, qué alma tengo.

Cuando hablo con sinceridad no sé con qué sinceridad hablo. Soy variadamente otro que un yo que no sé si existe (si es esos otros).

Siento creencias que no tengo. Me arrebatan ansias que repudio. Mi perpetua atención sobre mí perpetuamente me denuncia traiciones de alma a un carácter que tal vez yo no tenga, ni ella juzga que yo tengo.

Me siento múltiple. Soy como un cuarto con innumerables espejos fantásticos que distorsionan hacia reflejos falsos una única realidad anterior que no está en ninguna y está en todas.

Como el panteísta se siente árbol, e incluso flor, yo me siento varios seres. Me siento vivir vidas ajenas, en mí, incompletamente, como si mi ser participara de todos los hombres, incompletamente de cada [uno], por una suma de no-yos sintetizados en un yo postizo. **U**



Página 6: pasaje de *Páginas Íntimas e de Auto-Interpretação* [ca. 1915], texto establecido por Georg Rudolf Lind y Jacinto do Prado Coelho [Lisboa, 1966], trad. de Leopoldo Laurido con autorización de Ática. Página 7: fragmento de *Escritos sobre genio y locura*. Se reproduce con autorización de © Acantilado. Quaderns Crema, S.A.U. © Imprensa Nacional-Casa da Moeda. © de la ed. y la trad., Jerónimo Pizarro Jaramillo, 2013.

SOBRE LA HETERONIMIA

Tuve siempre, desde niño, la necesidad de aumentar el mundo con personalidades ficticias, sueños míos rigurosamente contruidos, visionados con claridad fotográfica, comprendidos desde el interior de sus almas. Yo no tenía más de cinco años, era un niño aislado y no deseaba estar sino así, y ya me acompañaban algunas figuras de mis sueños: un capitán Thibeaut, un Chevalier de Pas y otros que ya se olvidaron de mí, y cuyo olvido, al igual que el recuerdo imperfecto que guardo de ellos, constituye una de las grandes saudades de mi vida.

Puede que esto sólo evoque aquella imaginación infantil que se entretiene con la atribución de vida a muñecos o muñecas. Pero era más: yo no necesitaba muñecos para concebir con intensidad a esas figuras. Eran tan claras y visibles en mis sueños constantes, eran realidades tan exactamente humanas para mí, que cualquier muñeco, por irreal que sea, las estropearía. Eran gente.

Por lo demás, esta tendencia no se quedó atrás con la infancia; se desarrolló en la adolescencia, se arraigó con el crecimiento de ella y se volvió finalmente la forma natural de mi espíritu. Hoy ya no tengo personalidad: todo lo que en mí haya de humano, yo lo divido entre los varios autores de cuya obra he sido el ejecutor. Hoy soy el punto de reunión de una pequeña humanidad sólo mía.

Médium, así, de mí mismo, de todas maneras subsisto. Soy, sin embargo, menos real que los otros, menos indiviso, menos perso-

nal, claramente influenciado por todos ellos. Soy también discípulo de Caeiro, y todavía recuerdo el día —el 13 de marzo de 1914— cuando, tras “oír por primera vez” (esto quiere decir, tras haber escrito, con un solo aliento del espíritu) un gran número de los primeros poemas del *Guardador de rebaños*, escribí, inmediatamente, sin interrupción, los seis poemas-intersecciones que componen “Lluvia oblicua” (*Orpheu*, No. 2), patente y lógico resultado de la influencia de Caeiro sobre el temperamento de Fernando Pessoa.

Uno que otro lector, tras verificar con sorpresa que estas páginas no fueron fechadas en los manicomios de Rilhafolles o de Telhal, y tras volver a recordar la afirmación constante de los periódicos acerca del gran número de locos que falta hospitalizar.

Sin embargo, se trata sencillamente del temperamento dramático elevado al máximo; de escribir en vez de dramas en actos y acción, dramas en almas. Así de sencillo es, en su esencia, este fenómeno aparentemente tan confuso.

No niego, con todo —y la favorezco, incluso— la explicación psiquiátrica; pero conviene comprender que toda actividad superior del espíritu, porque es anormal, es igualmente susceptible de interpretación psiquiátrica. No me cuesta admitir que yo sea loco, pero exijo que se comprenda que no soy loco de una manera diferente a Shakespeare, sea cual sea el valor relativo de los productos del lado sano de nuestra locura. U